DT 06 27

Cuando Prokofiev muere en 1953, deja en la música de la época, y aún del siglo, un hueco poco frecuente, el de un gran compositor estrictamente tonal. Su sentido armónico es de una originalidad inusual, con soluciones sorprendentes, pero la armonía es tonal. Ello hace de Prokofiev un compositor clásico y a la vez extrañamente moderno, asentado con firmeza en el repertorio.

Prokofiev es sobre todo un compositor clásico, por su claridad, por su concisión, e incluso porque cultiva, más que ningún otro músico ruso, las formas clásicas. Algunas de sus sinfonías, de sus conciertos, de sus sonatas, están entre las más notables del siglo XX. Si Stravinsky es sobre todo cosmopolita, Prokofiev es el más universal, es decir, el menos local, el menos típico, de los compositores rusos, y sus obras propiamente rusas adquieren una rara potencia y un atractivo extraño.

Los ingredientes son varios. Una maravillosa invención melódica, una imaginación rítmica e instrumental irresistible, de escritura transparente, brillante y dura, unos planos sonoros nítidos que conservan su equilibrio a pesar de las bruscas modulaciones, y un sentido del humor constante que llega hasta algunos pasajes de una cantata épica como la que estamos oyendo. La unidad de inspiración y de estilo es notabilísima en toda la obra de Prokofiev, desde las primeras composiciones hasta las últimas, y su música es reconocible con pocos compases.

Esa unidad de la obra puede parecer tanto más sorprendente si se piensa en los avatares por los que pasó. Prokofiev compuso antes de la Revolución rusa y durante ella. Estuvo después 10 años en Occidente y 25 bajo yugo que Stalin y Yanov pusieron sobre las artes, lo que le valió alternativamente condenas públicas y honores oficiales.

En un país en el que estas cosas, unas y otras, podrían acabar en el paredón y aún pueden acabar mal, Prokofiev se nos aparece como su música, duro como el diamante. Prokofiev ha enriquecido la historia de la música con algunas obras maestras, entre las más bellas de nuestro siglo. La celebrima Sinfonía Clásica, el ballet Romeo y Julieta, el tercer concierto para piano, la Quinta Sinfonía, las sonatas números 5, 7 y 8 para piano, esa obra encantadora cuando encuentra un buen narrador, que es Pedro y el Lobo.

Celebres también la Marcha del Amor de las Tres Naranjas y la Suite del Teniente Quijé, y merecerían serlo otras obras que me resisto a amontonar en la enumeración, a veces un poco olvidadas, como algunas de las juveniles Visiones Fugitivas o Los Sarcasmos. Como muchos de los compositores rusos, ello produce óperas notables, magníficos ballet, y una música para el cine propiamente insuperable, a pesar de lo que haya dicho sobre ella Teodor Adorno, que sabía mucho de música, pero poco de cine, y tenía a veces fijaciones atonales. El ejemplo más conocido, aunque no el único considerable, es la cantata para la mejor película de Einstein, Alexander Nevsky.

Junto con una reproducción del Guernica, el disco formaba parte, allá en los años 60, de la declaración obligada de nuestras casas por aquello de los emblemas de la progresía, y quizás para los que no han crecido con él, con la ayuda de un film legendario, resulte un poco duro al principio. No lo sé, y en todo caso, es una de las más bellas obras de Prokofiev, probablemente la más representativa de su música, y creo que puede empezarse con ella una discoteca básica del compositor. Además de la excepcional banda musical de la película, que es de 1938, las dos interpretaciones canónicas de Alexander Nevsky son la checa de Anser y la rusa que estamos oyendo de Svetlanov, que ha sido mejor reeditada en compacto.

Esta es una de las obras típicamente rusas de Prokofiev, y las versiones occidentales son casi siempre de Temer. Quizás la única aceptable sea la de Abado. Subtítulos realizados por la comunidad de Amara.org